

FUNDACIONES DEL ESTUDIO
DE LA COMUNICACIÓN
EN MÉXICO (1960-1979)

En tiempo de utopías

*El futuro del pasado
está en el futuro.*

*El futuro del presente
está en el pasado.*

*El futuro del futuro
está en el presente.*

John McHale, 1969.

RAÚL FUENTES NAVARRO

*Integrante del Departamento
de Estudios Socioculturales,
ITESO, Guadalajara, México.*

Indispensable ejercicio el de la reconstrucción de la memoria. Práctica insustituible para reconocer en la historia las propuestas de sentido, los proyectos, que ante unas ciertas circunstancias irrepetibles, informaron las ideas y las acciones que hoy pueden haberse olvidado, convertidos esos proyectos en instituciones. En una perspectiva de análisis del campo académico de la comunicación, la retrospección es condición necesaria para la comprensión del presente y la construcción del futuro.

Este trabajo revisa, con apoyo en la documentación disponi-

ble y en múltiples exploraciones previas¹, los orígenes de lo que hoy puede llamarse el campo de estudios de la comunicación en México. Para efectos de claridad, la revisión se limita a dos décadas, en realidad las primeras en que puede reconocerse un "campo", marcadas al inicio y al final por dos momentos clave de institucionalización: la apertura de la Licenciatura en Comunicación en la Universidad Iberoamericana (1960) y la constitución de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (1979). La hipótesis central, que deberá evidenciarse

1 Publicadas principalmente en: Fuentes (1988); (1991); (1996); (1998); (2001).

en las siguientes páginas, es que en esas dos décadas se establecieron las utopías fundacionales del campo, que a partir de entonces no ha dejado de crecer y diversificarse, pero que no ha vuelto a plantearse un proyecto social y universitario como los que generó en esa época.

Tres modelos fundacionales del campo académico

La institucionalización del campo académico de la comunicación en México es un proceso que lleva más de cinco décadas de desarrollo y que cubre ya prácticamente todas las regiones del país. Como es característico en las universidades latinoamericanas, el campo tiene su origen y su extensión mayoritaria en los programas de formación de profesionales a nivel de licenciatura (la "carrera"). El posgrado y la investigación representan aún, a pesar de su crecimiento en los últimos quince o veinte años, una fracción minoritaria y en diversos sentidos marginal. Si bien en la actualidad se imparten estudios de licenciatura en comunicación en al menos 250 instituciones y de posgrado en más de 30, en 1970 operaban sólo ocho escuelas de comunicación, las "pioneras"², cuya nómina por orden de antigüedad es la siguiente:

Escuela de Periodismo Carlos Septién García (1949, privada, ZMCM³);

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM⁴ (1951, pública, ZMCM);
 Universidad Veracruzana (1954, pública, Veracruz);
 Universidad Iberoamericana (1960, privada, ZMCM);
 Instituto Pío XII (hoy UNIVA5), (1962, privada, Guadalajara);
 ITESO6 (1967, privada, Guadalajara);
 Universidad Autónoma de Guadalajara (1969, privada, Guadalajara);
 Universidad Anáhuac (1970, privada, ZMCM).

Cinco de las ocho "pioneras" comenzaron siendo escuelas de periodismo y sólo la primera lo sigue siendo en la actualidad; las demás, en algún momento de los años 70, cambiaron su denominación a alguna de las variantes de "Comunicación". La Universidad Iberoamericana, el ITESO y la Universidad Anáhuac, desde su inicio, adoptaron esta orientación. En la década del 70 se fundaron otras 25 escuelas, que sumadas a las ocho "pioneras", hicieron que el número total ascendiera a 33 en 1980. Pero en la siguiente década se abrieron 71, y el resto de las actual-

mente existentes, más de la mitad, tiene diez años o menos en operación. Con estos datos mínimos como referencia, puede pasarse a otro nivel de análisis.

Desde el marco teórico-metodológico desarrollado para el estudio del campo en México (Fuentes, 1998), se identifican tres modelos fundacionales, una especie de tipos ideales, cuya construcción sirve heurísticamente para la determinación de "rasgos pertinentes" evidenciables en objetos socioculturales de estudio y el consecuente análisis de diferencias significantes entre ellos⁷. Esta categoría permite afirmar que estos modelos, que han servido sucesivamen-

2 Aunque hay el antecedente de una carrera técnica de periodismo, fundada en 1943 en la Universidad Femenina de México, cerrada tiempo después.

3 ZMCM: Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

4 UNAM: Universidad Nacional Autónoma de México.

5 UNIVA: Universidad del Valle de Atemajac.

6 TESO: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

7 Se usa el término "modelo" en un sentido cercano, aunque más amplio (no sólo científico sino académico) que el de "paradigma" (Kuhn, 1970), y el adjetivo "fundacional" siguiendo a Verón (1987). Podría también hablarse de "proyectos fundacionales".

te como base para la formación universitaria de profesionales de la comunicación, articulan de maneras diversas en el curriculum los saberes definidos como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socioprofesionales, y que cada uno de ellos, a su vez, ha configurado de distintas maneras el núcleo operante de la comunicación como disciplina académica⁸, sin que, no obstante, ninguno de ellos haya logrado la consistencia suficiente para legitimarse ni profesional ni académicamente.

De hecho, puede considerarse que en la actualidad los planes de estudio responden más a una yuxtaposición de elementos provenientes de cada uno de los tres modelos, con énfasis diversos, sin una

articulación claramente definida ni cognoscitiva ni socialmente, lo cual afecta directamente no sólo a la formación profesional de "comunicadores" sino también, mediante ésta, a las demás dimensiones, estructuras y prácticas del campo académico, entre ellas la investigación y la formación de investigadores en los posgrados. La "matriz disciplinaria" que se convirtiera en el núcleo del campo, no ha podido constituirse con un mínimo de consistencia, dadas las divergencias desarticulantes de los elementos provenientes de los tres modelos fundacionales, entre los cuales, sin embargo, pueden también encontrarse rasgos comunes, como la consideración utópica de la comunicación entendida teóricamente de di-

versas maneras- como instrumento de transformación social, aspecto que articula la reconstrucción histórica que sigue.

El modelo profesionalizante del periodismo

El más antiguo de estos modelos o proyectos fundacionales, el de la formación de periodistas, es también el más fuertemente arraigado en las escuelas, aún en aquellas que fueron instituidas ya como escuelas de comunicación y no como de periodismo. Puede decirse que en la mayor parte de las instituciones mexicanas, el objeto de estudio y su abordaje tanto en la enseñanza como en la investigación, están primariamente compuestos por representaciones (quizá cada

Puede decirse que en la mayor parte de las instituciones mexicanas, el objeto de estudio y su abordaje tanto en la enseñanza como en la investigación, están primariamente compuestos por representaciones (quizá cada vez más refinadas y por ello cada vez más exclusivas) de las prácticas periodísticas.

8 El término "disciplina" viene del latín «disciplina»: instrucción de discípulos. Es decir, el término equivale aproximadamente a lo que Kuhn (1970) llamó "ciencia normal" o "paradigmática" en cuanto a la investigación. En un sentido más amplio corresponde en el ámbito universitario a la unidad básica de organización de saberes especializados, que son sistematizados para ser reproducidos, tanto en la práctica científica como en el ejercicio social de la profesión.

vez más refinadas y por ello cada vez más exclusivas) de las prácticas periodísticas. Tres de los rasgos constitutivos de este modelo son la prioridad de la habilitación técnico-profesional, el relativo ajuste a las demandas del mercado laboral y el propósito de la incidencia político-social a través de la "opinión pública".

Los operadores de la información social utópicamente previstos por este modelo habrían de ejercer nada menos que su autoridad moral como el "cuarto poder" de la democracia moderna, dando a conocer "objetivamente" los "hechos" y orientando responsablemente su "interpretación". Subyace a este modelo una noción de la comunicación como difusión y por tanto un énfasis en la producción y circulación de "mensajes" (Krippendorff, 1993). También, la necesidad del competente manejo de las relaciones entre "estructuras" y "coyunturas" para intervenir oportunamente en éstas desde aquellas. En otras palabras, saber "quién dice qué a quién por qué canal con qué efectos", el famoso "paradigma" de Lasswell (1985). Los valores utópicos implicados son, sobre todo, los de la honestidad, la oportunidad y la lucidez ética de quien ejerce el poder de interpretar los hechos sociales en una sociedad liberal.

Este modelo fue inspirado originariamente en Estados Unidos por célebres periodistas como Joseph Pulitzer y Walter

Lippmann en las primeras décadas del siglo XX e impulsado en Latinoamérica en los años sesenta por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo (luego, Comunicación) para América Latina (CIESPAL) desde su sede en Quito (Nixon, 1974)⁹. En este modelo la investigación se identifica con la indagación periodística y las ciencias sociales no son más que parte del "acervo de cultura general" que todo periodista requiere. Sin embargo, la articulación entre formación profesional e investigación fue prevista -y propuesta- casi desde el principio, por académicos mexicanos de primer orden como Enrique González Casanova en la Universidad Nacional:

Las escuelas universitarias de periodismo deben estudiar constantemente qué es lo que deben enseñar a sus profesionales. Esa función no debe reservarse a los consejos técnicos o a las academias de profesores, sino debe adelantarse en centros especiales de investigación. Esos centros deben coordinarse con los centros que tengan actividades semejantes en otras escuelas de periodismo, y con los centros internacionales o nacionales que cumplan semejantes

funciones, por ejemplo el CIESPAL; y deben coordinarse también con los centros de investigación universitaria en los cuales se estudian los problemas relativos a materias afines o básicas que también se enseñan a los periodistas (González Casanova, 1965: 48).

El análisis de los sucesivos planes de estudio de la carrera en la UNAM, donde pasó paulatinamente de "periodismo" a "ciencias de la comunicación" (denominación que tiene desde 1976), y de sus propósitos de articulación con la investigación, es sin duda la fuente más representativa de información sobre el desarro-

9 El segundo Seminario Regional sobre Enseñanza del Periodismo y Medios de Información Colectiva organizado por CIESPAL en América Latina se realizó en México, en febrero de 1965, "con los auspicios" de la UNAM. *La Revista [Mexicana] de Ciencias Políticas y Sociales* (Año XI, N(39), recogió las ponencias en ese seminario de Jorge Fernández, director de CIESPAL, y de varios periodistas y académicos mexicanos, que en conjunto documentan al detalle las características y perspectivas de este primer proyecto académico fundacional del campo.

llo del proyecto de formación universitaria de periodistas en México.

Pero la continua ambivalencia en la orientación simultánea hacia la preparación profesional y la fundamentación en las disciplinas científico-sociales, que en la UNAM coexisten en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales con la carrera de comunicación (sociología, relaciones internacionales, ciencias políticas y administración pública) se aúna, en ese caso, a la separación institucional de los estudios de licenciatura y los de maestría y doctorado, que dependen de la División de Estudios de Posgrado de la misma Facultad y a las diversas formas de organización de los académi-

cos de carrera que se han establecido: cuando la carrera creció en número de alumnos, a principios de los años 70, se instituyó el Centro de Estudios de la Comunicación, cuya función principal sería realizar investigaciones en función de la docencia¹⁰. En los 80, al no evaluarse positivamente esa función, el Centro desapareció y todos los académicos de planta pasaron a depender de la coordinación de carrera, obviamente menos centrada en el fomento a la investigación que en la operación del plan de estudios de licenciatura.

El modelo del comunicador humanista

El segundo proyecto o modelo fundacional en establecerse para la formación de comunicadores en México es el originado en 1960 en la Universidad Iberoamericana, que concibe al comunicador como intelectual, desde una perspectiva humanística. El proyecto académico de "ciencias de la comunicación" (llamada por algún tiempo "ciencias y técnicas de la información" y actualmente sólo "comunicación"), trazado por el jesuita José Sánchez Villaseñor, buscaba la formación de "un hombre capaz de pensar por sí mismo, enraizado en su época, que gracias al dominio de las técnicas de difusión pone su saber y su mensaje al servicio

de los más altos valores de la comunidad humana" (Naime, 1990).

La utopía es, en este caso, explícita y enfatiza, sobre todo, un manejo competente y responsable de los "contenidos" y de los "medios" como lenguajes, de acuerdo con la autoridad intelectual del "creador", que no operador de los mensajes. El discernimiento filosófico y existencial como base de la práctica de los "comunicadores" remite a una teoría de la comunicación y a una ética social mucho más amplias y complejas que las correspondientes a los operadores de la difusión masiva, por lo que la comunicación humana se descubre también como ámbito profesional y como objeto de investigación -o ámbos al mismo tiempo-, en casi cualquier relación o institución social. De ahí que haya que tener la disposición a "saber de todo", a "usar" las disciplinas y saberes más diversos, integrados por los fines: la prevalencia de valores humanos universales como la justicia, la verdad, la libertad, la belleza, la solidaridad o la creatividad, y a investigar la comunicación desde la complejidad creciente de la cultura, "amenazada por el materialismo consumista".

La diferencia con las preexistentes carreras de periodismo se planteó claramente desde el principio: el énfasis de "Ciencias de la Comunicación"

10 El antecedente en la propia FCPyS es el Centro de Estudios de la Prensa, establecido a principios de los años 60 para "la coordinación e intensificación de los trabajos de docencia e investigación periodística y el fomento y estímulo de la carrera de periodismo". Sin embargo, "dicho proyecto no contó con la suficiente organización para llevarlo a cabo, por las limitaciones y la falta de experiencia en la investigación" (Munguía, 1988: 39).

estaría puesto en la "solidez intelectual" proporcionada por las humanidades, especialmente la filosofía, ante la cual la habilitación técnica estaría subordinada, pero de tal manera que garantizara la capacidad para impulsar, a través de los medios, la transformación de la dinámica socio-cultural conforme a marcos axiológicos bien definidos. Por ahí, al mismo tiempo, la carrera planteaba también la diferencia con otras, clasificadas bajo el rubro "ciencias sociales y humanidades", como filosofía y letras, historia, sociología o antropología, que aunque tuvieran equivalentes contenidos de formación intelectual, no ofrecían campo de desarrollo profesional más allá de la docencia y la investigación. Esta carrera prometía, en cambio, el amplísimo horizonte socio-cultural y laboral que parecían abrir, en los años sesenta, los medios electrónicos, especialmente la televisión.

Para Francisco Prieto, estudiante de las primeras generaciones de la carrera, profesor en ella durante 25 años y director del Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana durante prácticamente toda la década de los ochenta, el proyecto consiste sintéticamente en formar "hombres cultos", a la manera de Ortega y Gasset, con las humanidades en una "posición nuclear en los planes de estudios":

"Creo que, para ello, debemos remitirnos a la conferencia (Mi-

sión de la Universidad), pronunciada por José Ortega y Gasset allá por la década del 30 y que no ha hecho, a juicio nuestro, sino ganar en actualidad. En aquel memorable trabajo, Ortega escribe que la universidad tiene que jerarquizar entre cultura general, profesionalización e investigación y que debe hacerlo, precisamente, en ese orden (Prieto, 1995: 161)".

La propuesta orteguiana, empleada por Prieto para argumentar su adscripción a una jerarquía de propósitos universitarios en la formación de comunicadores, resulta sin duda oportuna para analizar las continuidades y discontinuidades que las instituciones han ido imprimiendo a sus proyectos académicos en el campo en las últimas tres o cuatro décadas. Desde este punto de vista, no es sólo la opción por privilegiar la "profesionalización" o la "investigación" la que determina el apoyo relativo que se otorgue institucionalmente a ésta última, sino que ambas deben articularse primordialmente con la "cultura general" o formación básica universitaria, que a su vez, en el caso de la UIA, se guía por la tradición educativa jesuítica.

La influencia que ha tenido la formación jesuítica, especialmente con el énfasis de los años setenta hacia la "promoción de la justicia", en la conformación del campo académi-

co de la comunicación sería objeto de análisis de otro trabajo, pero es indudable que el humanismo y el compromiso social en la versión jesuítica han tenido efectos también en cuanto a la institucionalización del campo, y que, concretamente, diversos elementos de organización de las prácticas académicas de enseñanza e investigación (no sólo sus líneas de orientación, contenidos temáticos o "estilos" de formulación), como se han configurado en toda América Latina¹¹, tienen en su origen esta formación.

De la escuela fundadora del modelo humanista y su utopía culturalista en comunicación, la de la Universidad Iberoamericana, surgieron fuertes impulsos a la institucionalización de la investigación en los años setenta, aunque fueron muy distintas las concreciones que le imprimieron como proyecto Jesús María Cortina (director de la carrera durante sus primeros años), Josep Rota y Rubén Jara ("enviados" por el primero a estudiar el doctorado en comunicación en la Universidad Estatal de Michigan). Con el empirismo norteamericano (en su versión más cuantitativista y conductista) como "paradigma" único, una altísima autoestima y una gran capacidad magisterial en los tres casos, su impulso hacia formas de articulación académicas y extra-académicas de la

11 Especialmente a través de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), constituida en 1981.

investigación fue divergente y aislado, lo cual contribuyó a su "retiro", a principios de los años ochenta, del campo académico¹², aunque muy significativamente, no de la investigación de la comunicación.

La investigación de la comunicación comenzó a ser, en realidad, parte del proyecto académico del incipiente campo a mediados de los años setenta. En marzo de 1974, Josep Rota presentaba el siguiente balance de la investigación en México, que es el más antiguo que se puede documentar:

Durante los últimos diez años, la mayor parte de la investigación ha sido comercial, realizada por agencias de publicidad o compañías de investigación de mercados. Desgraciadamente, los resultados de estos esfuerzos suelen ser confidenciales. Casi la totalidad de

la investigación está constituida por las tesis de licenciatura de estudiantes universitarios, sobre todo del Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana. Se han escrito ahí 43 tesis entre 1967 y 1973. Otras se han realizado en la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero aparte de las tesis, prácticamente no se ha hecho nada más (Rota, 1974: 56).

El análisis bibliométrico de la producción en el campo (Fuentes, 1988) confirma el lacónico diagnóstico de Rota: sólo se incluyen en él 11 libros, 25 artículos y 4 informes de investigación inéditos hasta 1973. Para 1980, Rubén Jara pudo con dificultades reunir 100 estudios empíricos (la mayoría tesis de licenciatura) para realizar su "Análisis de la situación actual de la investigación empírica de la comunicación en México", cuyas conclusiones asientan que "no existen actualmente en México las condiciones adecuadas para que se realice de manera apropiada una labor de investigación en comunicación" (Jara, 1981: 214). Las conclusiones de Rota y Jara, en sus respectivas revisiones del "estado de la cuestión", son antecedentes indispensables para cualquier análisis actualizado sobre la investigación de la comunicación en México. Ambos indican, antes que nada, la severa limitación de las infraes-

estructuras necesarias para la práctica de la investigación en las universidades mexicanas¹³.

El modelo del "comunicólogo" crítico

Finalmente, un tercer proyecto académico o modelo de carrera se originó en los 70, el del "comunicólogo" como científico social, que tomó elementos de los dos anteriores pero los integró de una manera nueva. Muy especialmente, con este modelo se estableció curricularmente una fuerte aunque contradictoria tendencia hacia la investigación y cobró su mayor relevancia el ingrediente utópico de la transformación social, en este caso "revolucionaria", mediante la comunicación. La educación tendió a prácticamente abandonar la formación instrumental y la habilitación profesional por enfatizar la "construcción de totalidades" desde los niveles teóricos y epistemológicos más abstractos, y desde una perspectiva "crítica", no sólo de las prácticas comunicacionales y las estructuras sociales, sino de los propios saberes del campo. Aunque no en todos los casos, sí en la mayoría de los diseños curriculares que adoptaron este modelo se sobrecargó la enseñanza de "teoría crítica", es decir, de materialismo histórico, economía política y otros contenidos "marxistas".

12 Cortina hacia la consultoría privada, Rota hacia Estados Unidos y Jara hacia Televisa.

13 A pesar de que el modelo de investigación implícito en este diagnóstico fue después desplazado, la limitación de condiciones para la práctica de la investigación sigue siendo generalizada: por ello no se puede decir, más de veinte años después, que se realice investigación de la comunicación en más de ocho o diez universidades.

La fundación de este modelo coincidió con la apertura de la carrera de comunicación en muchas universidades públicas, que hasta entonces habían quedado relativamente al margen del desarrollo del campo. Uno de los factores que más directamente influyó en el surgimiento de este proyecto fue la incorporación, en varias de estas universidades públicas y diversas instituciones "paraestatales"¹⁴, de exiliados sudamericanos en la primera mitad de los años setenta, que por su militancia o adscripción política habían salido de sus países, aquejados por golpes militares. Un caso notable es el de la Universidad Autónoma Metropolitana, creada en 1974 como alternativa al crecimiento desmedido de la Universidad Nacional, y fundada sobre un proyecto muy innovador de la educación superior, sobre todo en la Unidad Xochimilco.

La utopía de la emergencia de una comunicación social que funcione "contrahegemónicamente" supone la capacidad de develar el carácter ideológico no sólo de los mensajes sino de los sistemas o "aparatos" en su totalidad, instru-

mentos de dominación que sería necesario "liberar" (Mattelart, 1973). La investigación de la comunicación tuvo así propósitos más precisos que nunca, pero casi ningún medio (metodológico y técnico, pero tampoco financiero) para realizarse. De cualquier manera, denunciar la situación y descubrir a quienes detentan el poder económico y político de las industrias culturales y a sus "cómplices", fue asumido no sólo como una obligación moral, sino incluso como una "condición de cientificidad" de la utópica praxis "revolucionaria" del "comunicólogo" (Acosta, 1973; Schmucler, 1975). Más allá de algunos casos notables de desarrollo de este modelo, llevado a su extremo más radical (incluso relacionado con la guerrilla) en unas cuantas universidades durante una época relativamente corta¹⁵, hay un conjunto de rasgos muy generalizados asociados a él. Uno es el "teoricismo" (Prieto Castillo, 1984) y su reacción inmediata: el "practicismo", es decir, la oposición maniquea entre la "teoría" - que llegó a ser reducida a unos cuantos dogmas religiosamente consagrados- y la

"práctica" -que a su vez se llegó a reducir a la reproducción de algunos estereotipos de los medios masivos- (Luna, 1993). La formación universitaria del estudiante de comunicación se llegó a plantear, si acaso, como una "opción básica" entre estas dos reducciones, obviamente irreconciliables.

Pero otra de las consecuencias asociadas a este modelo fue, paradójicamente, la desvinculación entre las prácticas universitarias y la reproducción de la comunidad de investigadores. Los productos de la investigación latinoamericana, concentrados entre la segunda mitad de los 70 y la primera de los 80 en el imperialismo cultural, las políticas nacionales de comunicación, el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, la comunicación "alternativa" y el impacto de las nuevas tecnologías fueron, en algunos casos, incorporados a los contenidos "teóricos" del curriculum y, por ende, desvinculados de la acción profesional y del desarrollo de las más elementales competencias metodológicas. En el terreno de la práctica de la investigación, una parte sustancial de quienes opusie-

14 Como el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEES-TEM), o el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), creados por el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976), clausurados en los años ochenta.

15 Por ejemplo, en la Universidad Autónoma de Sinaloa.

La utopía de la emergencia de una comunicación social que funcione “contrahegemónicamente” supone la capacidad de develar el carácter ideológico...

ron el proyecto “crítico” al “empirista” de Cortina, Rota y Jara, habían sido sus alumnos en la Universidad Iberoamericana y, siguiendo la radicalización ideológica de los años setenta, se habían desplazado hacia la UNAM y la UAM-Xochimilco, donde convivieron con los académicos sudamericanos exiliados. Es un dato relevante que la figura emblemática de esta corriente “crítica”, Armand Mattelart, fue traído por primera vez a México por estudiantes de la Universidad Iberoamericana¹⁶.

Los investigadores “críticos”, congregados en la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) a partir de 1979, impulsaron el proyecto de la formación de comunicadores como científicos sociales militantes, con el consecuente combate al empirismo (“representante del imperialismo” y “reforzador de la ideología dominante”) y, por ende, a los investigadores “empiristas”. Fátima Fernández, Javier Solórzano, Beatriz Solís, Javier Esteinou, Alberto Montoya y otros jóvenes egresados (casi todos) de carreras de comunicación, iniciaron sus carreras como investigadores académicos al lado de líderes político-intelectuales como el argentino Héctor Schmucler, el chileno Fernando Reyes Matta y el

peruano Rafael Roncagliolo, cuya influencia sobre ellos fue más ético-ideológica que metodológica, aunque introdujeron a México nuevos temas y nuevos enfoques de investigación de la comunicación y la “latinoamericanizaron”¹⁷.

En este punto, conviene revisar otra de las instancias centrales de la institucionalización del campo en México, la constitución de las asociaciones académicas, ocurrida en los años 70.

CONEICC y AMIC como articuladores del campo

Según el relato de varios de los fundadores del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC)¹⁸, los motivos que originaron esta asociación fueron el aislamiento en que se habían desarrollado las primeras escuelas de comunicación en

México, y en consecuencia, las pugnas que entre algunas de ellas comenzaban a crear tensiones fuertes en el incipiente campo. La iniciativa de reunir las, a partir de marzo de 1975, surgió del entonces director de la Escuela de Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad Anáhuac, Angel Sáiz. En un año se realizaron cinco “reuniones de directores”, la última de las cuales concluyó con la firma del acta constitutiva del CONEICC (28 de abril de 1976), por representantes de 14 instituciones: 4 públicas y 10 privadas, ubicadas en diversas ciudades del país¹⁹.

Desde las primeras reuniones se acordó que “la tendencia a la votación debemos eliminarla en lo posible y operar más a niveles de consenso”. Ante el aislamiento de las instituciones, los “estereotipos” que las separaban mutuamente, la presencia muy fuerte de pugnas por establecer la primacía

16 Y fue inmediatamente invitado como asesor curricular y académico de la reciente carrera de comunicación de la UAM-Xochimilco, papel que desempeñó formalmente durante varios años.

17 Hay que hacer notar que, después de la “ruptura” con los investigadores “empiristas”, estos investigadores “críticos” rompieron también con los “denuncistas” -que a diferencia de ellos mismos, estaban poco comprometidos con la formación de comunicadores-, aunque sin duda asimilaron mucha mayor influencia de ellos que de los primeros, al encontrarse en una posición de hegemonía en el campo a mediados de los años ochenta.

18 Según entrevistas realizadas con ellos entre 1992 y 1993 por Fuentes (1998).

19 En la actualidad forman parte del CONEICC 62 instituciones y 6 miembros a título personal.

de algunas versiones (ideológicas, teórico-metodológicas, profesionales, educativas) sobre cómo debía ser la carrera, y de tensiones personales e institucionales muy intensas, los fundadores impulsaron, pragmáticamente, una "filosofía del acercamiento" que quedó plasmada en el carácter de Consejo (y no de asociación), cuyos objetivos, en su redacción original, lo expresan con bastante claridad:

a) Propiciar un clima de comunicación entre las instituciones de enseñanza e investigación de las Ciencias de la Comunicación a través de sus representantes, para una comprensión consensual de los problemas y soluciones en esta área, que inspire el compromiso de realizar las tareas acordadas como de interés común.

b) Impulsar, orientar y planificar la investigación y la enseñanza de las Ciencias de la Comunicación hacia la solución de los problemas sociales, técnicos y educativos que plantea la realidad nacional a través del aprovechamiento racional e integral de los recursos humanos, metodológicos y materiales disponibles en lo que a esta disciplina respecta.

c) Elaborar normas de calidad académica y recomendar su aplicación a las diversas instituciones educativas del país; y a la luz de estas normas, asesorar, en cuanto sea posible, a organismos y asociaciones vinculadas a la comunicación como profesión (U. Anahuac, 1976: 5).

En referencia a los tres "modelos fundacionales", la constitución del Consejo responde, con mucha claridad, a los postulados del segundo de ellos, el humanista, que de alguna manera sigue predominando hasta la actualidad, y desde donde se ha buscado y conseguido en buena medida la integración de los otros dos, el periodístico y el científico-social. Afirmar la prevalencia de este modelo en la conformación del CONEICC significa sobre todo la disposición de un "ambiente" o espacio sociocultural que, adoptando al mismo tiempo una posición definida en común como punto de partida, y una apertura explícita a la pluralidad, permitió desde el principio organizar algunos de los debates más trascendentales en la constitución del campo académico de la comunicación en México, y establecer algunas líneas de acción concreta en cuanto al avance académico de la carrera, que no es este el lugar apropiado para particularizar.

Tres años después que el CONEICC, fue creada la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), constituida formalmente el 24 de abril de 1979 por 54 personas, la mayor parte de ellas académicos adscritos a la UNAM y la UAM-Xochimilco y, casi sin excepción, residentes en la zona metropolitana de la ciudad de México; aproximadamente el 20% de origen extranjero y cerca de un tercio, mujeres. Significativamente, en la

nómina de los fundadores se encuentra la mayor parte de quienes hasta ese momento habían desarrollado proyectos conocidos de investigación de la comunicación, y muchos que a partir de entonces comenzarían a hacerlo. Antes incluso de aprobar y registrar oficialmente su Estatuto, la asamblea de la Asociación aprobó su Declaración de Principios, que expresa con claridad el proyecto de la organización y la formulación que sobre la comunicación social y su investigación alcanzó el consenso de los fundadores:

La Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación AC (AMIC) es una asociación civil que agrupa a los investigadores de la comunicación social, cualquiera que sea su particular ubicación dentro del espectro profesional y teórico-metodológico. Será fundamentalmente un organismo gremial y, a la vez, el ámbito de intercambio de ideas y experiencias, de discusión y programación científica, de examen y análisis de políticas de comunicación, de crítica y de formulación de iniciativas en todo lo referente al campo de la comunicación en el país; se examinarán estrategias y programas concretos y se podrán sugerir, inclusive, los que a nuestro juicio sean los mejores con el objeto de alcanzar verdadera autonomía nacional con respecto al estado de dependencia cultural-comunicativa que vive la nación.

(...) De aquí que la AMIC se

constituya en un contexto interdisciplinario y que tenga como principios los siguientes: a) la conquista y defensa de la independencia cultural en el ámbito de la comunicación social; b) la transformación de los sistemas nacionales e internacionales de comunicación para ponerlos al servicio de las más urgentes necesidades de la población; c) la defensa de los intereses científico-académicos y gremiales de los investigadores de la comunicación; y d) el mejoramiento de la formación profesional, así como de los proyectos, diseños y métodos de la investigación con el objeto de que sirvan de punto de partida para la toma de decisiones en favor de México y su pueblo (AMIC, 1979: 8).

El relato de algunos de los fundadores de la AMIC²¹, enfatiza varios de los rasgos del proyecto que la Declaración de Principios formula, pero sobre todo reconstruye las circuns-

tancias en las que dicho proyecto se ubica y en relación con las cuales se puso en práctica: primero, la dimensión internacional, latinoamericana, de gestación de un discurso y una serie de organizaciones político-académicas que a partir de mediados de los años setenta pugnaban, en foros como la UNESCO, por las políticas nacionales de comunicación y un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación²². Segundo, la politización que los temas de comunicación habían alcanzado en el país desde 1972, cuando el presidente Luis Echeverría había convertido a la televisión en tema de debate público y especialmente desde 1977, cuando el presidente José López Portillo promovió la reforma constitucional por la cual “el derecho a la información será garantizado por el Estado”. Tercero, el hecho de que para varios de los investigadores más activos tanto acadé-

mica como políticamente, el CONEICC resultara un foro inadecuado o insuficiente para promover un proyecto más centrado en la incidencia sociopolítica de la academia que en sus aspectos educativos²³. Finalmente, en esos tres planos: el internacional, el nacional y el del campo académico, la participación y la “legítima” representación de la investigación de la comunicación implicaban no sólo pugnas (personales e institucionales) internas a la comunidad académica sino sobre todo externas, ante el Estado y la industria, mediadas ambas fuertemente por factores ideológicos.

Las estrategias de institucionalización

Hay, en suma, evidencias históricas suficientes para identificar en los tres “modelos fundacionales” del campo académico de la comunicación en México la sólida creencia en la utopía de la transformación (democratización) social mediante la comunicación, y en función de la cual habría que investigarla. Pero el análisis ha permitido identificar cómo, mediante el enfrentamiento de diversas estrategias de institucionalización, distintos grupos de investigadores se han constituido sucesivamente en agentes hegemónicos de la estructuración del campo. La “agencia” estructuradora de estos grupos, entendida como “transposición de esquemas y removilización de recursos” a través de actos de comunicación con otros (Sewell, 1992: 21), presenta como constante la recurrencia a los mismos re-

21 Entrevistados igualmente entre 1992 y 1993 por Fuentes (1998).

22 En ese contexto se había fundado, en 1978 en Caracas, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC) con la que algunos mexicanos establecieron contactos. En la constitución de ALAIIC pesaba mucho el antecedente de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación para América Latina y el Caribe que, convocada por la UNESCO y después de años de oposición sobre todo de las agrupaciones patronales Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR), se realizó en San José Costa Rica en julio de 1976 (Cfr. Beltrán, 1976), que a su vez había motivado la creación de la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación, pionera en su tipo en la región.

23 Por ello es muy significativo que la mayor parte de quienes firmaron el acta constitutiva de la AMIC hayan sido académicos de la UNAM, que en esa fecha no era miembro del CONEICC. Pero también, que entre los promotores principales se encontraran investigadores que sí participaban activamente en el Consejo: Alberto Montoya, Beatriz Solís, Guillermo Michel y Rubén Jara sobre todo. Es importante también señalar que en 1978, Josep Rota participó en la constitución de la ALAIIC y fue elegido miembro del primer consejo directivo con la representación del CONEICC, cuya asamblea (VI, México DF, noviembre de 1978), discutió y aprobó esta representación y la membresía en ALAIIC pues “mientras no exista otro organismo mexicano, el CONEICC puede ser el representante de México. Se acordó pedir la ratificación de la inscripción a la ALAIIC a título nacional de manera temporal. Al mismo tiempo se acordó promover la participación de otros investigadores en el CONEICC o la creación de una asociación de investigadores de la comunicación” (CONEICC, 1978: 8).

ferentes utópicos, ideológicamente conformados en los setenta, pero estratégicamente reinterpretados por los sujetos desde determinadas posiciones en el campo, en función de la movilización de ciertos recursos diferencialmente disponibles para ellos, en situaciones coyunturales diversas²⁴. La "estrategia estructuradora" predominante en el primer grupo de investigadores (los "empiristas") buscó el desarrollo de la investigación y el incremento de su propio e incipiente prestigio académico estimulando la creación de redes de cooperación y colaboración como el CONEICC. Es de hacerse notar que ni Rota ni Jara, los principales actores de este primer "grupo", recurrieron prioritariamente a las publicaciones como medio de "acumulación de capital", sino que se concentraron (muy intensamente) en la docencia, la construcción de infraestructuras, la animación de esfuerzos colectivos y la presentación, en todo caso, de ponencias y conferencias. Sin embargo, ante los ataques de sus adversarios, fueron incapaces de aliarse. Curiosamente, en los años setenta, fue tan fuerte el impulso a la colaboración como la competencia individualista por el prestigio o el "liderazgo" en el naciente campo. En cambio, la "estrategia estructuradora" predominante en el segundo grupo (los "críticos") fue mucho más marcada por las tácticas de la militancia política: incluyó tanto la parti-

cipación en las redes de cooperación y colaboración (CONEICC) como la constitución de un proyecto de asociación con tintes más dogmáticos (AMIC); la acumulación de prestigio académico mediante publicaciones y la búsqueda de influencia pública mediante colaboraciones periodísticas; la alianza con agentes "ajenos" a la academia y la incorporación bajo la figura de "investigador" de todo aquel (político, profesional, periodista, estudiante, etc.) que se "sumara a la causa", más definida por el "adversario" que por el proyecto "alternativo". El fracaso, a principios de los ochenta, de los intentos de incidir en la "democratización de los medios de difusión, y a través de ellos, de la sociedad mexicana", retrotrajo a varios de los líderes de esta movili-

ción a patrones mucho más cooperativos que conflictivos en el campo, cuando ante el "retiro" tanto de los "empiristas" como de los sudamericanos y de muchos de quienes se habían incorporado como "críticos", quedaron como casi únicos agentes de la investigación mexicana²⁵. En los años ochenta se dio otra "transición estructural" del campo, marcada por la recomposición de los parámetros para la incorporación y la "acumulación de capital" en él, que se sintetiza en que "la constitución utópica de los proyectos más prestigiados de investigación, en el contexto de la crisis institucional, explica ... el desarrollo de los vínculos de cooperación y colaboración mutua (entre un grupo reducido) sobre las relaciones de conflicto y competencia"

24 Conviene recordar aquí que esta interpretación parte, como objetivación de los sistemas de producción de sentido subyacentes en las prácticas de los sujetos, de que "las transposiciones de esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la agencia son siempre actos de comunicación con otros. La agencia conlleva una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coaccionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las actividades propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas" (Sewell, 1992: 21), según postula la Teoría de la Estructuración.

25 Hay que señalar que en los años ochenta, la época de "la crisis" nacional, cuando el mercado académico se había ya cerrado y los apoyos gubernamentales prácticamente desaparecieron para la investigación de la comunicación (crítica o no), emergió un tercer grupo de investigadores, que habían estudiado comunicación en la primera mitad de los años setenta como los "críticos", pero que habían seguido estudiando. Con posgrados (cursados tanto en México como Francia o Estados Unidos) en distintas especialidades de las ciencias sociales (sólo unos cuantos optaron por seguir programas de "comunicación"), este grupo se integró al campo académico con retraso pero con la ventaja de representar tanto una postura crítica como una "actitud de rigor", condiciones que resultaban muy pertinentes en combinación, después de las desgastantes batallas internas por la hegemonía en el campo. La configuración actual del campo académico mexicano es producto, sobre todo, de la reestructuración inducida por este tercer grupo, a partir de mediados de los ochenta.

(Fuentes, 1998). Esta "estrategia colectiva" se manifiesta especialmente en las asociaciones y publicaciones académicas, así como en la búsqueda, de muchos de los investigadores ya establecidos, del "reciclaje" de sus saberes y competencias, al mismo tiempo que del incremento de sus "credenciales" formales, mediante los posgrados. Pero esa es ya una fase de la historia que es posterior al periodo analizado aquí.

Por ahora, cabe concluir que la crisis sucesiva de los tres "modelos fundacionales" -y simultánea de sus mezclas más o menos confusas- ha sido evidente y generalizada desde mediados de los años ochenta y no se ha resuelto, ni se po-

drá resolver al menos mientras el crecimiento anárquico y la dispersión institucional de las licenciaturas continúen. Si cada uno de los modelos fundacionales propuso y comenzó a concretar un proyecto universitario con identidad y sentido propio, los tres con profundos y extensos ingredientes utópicos, su evolución y yuxtaposición tendió a diluir en los ochenta la viabilidad y vigencia de los estudios de comunicación como proyecto académico-social, para derivar en un lugar común, en una inercia sujeta, cada vez más, exclusivamente, a las "leyes del mercado": demanda y oferta de un título, más que de un proyecto; de un estereotipo ambiguo, más que de una opción

vital, como lo fue en los setenta. Quizá pueda decirse que en los ochenta se haya fundado un cuarto modelo: el del burócrata de la comunicación, no en el sentido del tipo de empleo que esté destinado a ocupar, sino en cuanto al desplazamiento del sujeto por la función anónimamente prescrita; del proyecto utópico de transformar la sociedad por el afán de insertarse lo más eficiente y despersonalizadamente posible a la maquinaria global, ciertamente muy completa, de la comunicación como "ingeniería social" que, como la literatura enseña, es una anti-utopía, no un "no-lugar" hacia el que haya que caminar, sino un camino que desemboca en "ninguna parte". ■

Bibliografía:

- **ACOSTA, Leonardo.** "Medios masivos e ideología imperialista", en *Casa de las Américas* N° 77, La Habana, 1973, p.5-26.
- **AMIC, Boletín N° 1.** Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación. México.1979.
- **BELTRÁN S. Luis Ramiro.** "Políticas nacionales de comunicación en América Latina. Los primeros pasos", en *Nueva Sociedad*. Caracas. 1976. CONEICC. Acta de la Sexta Asamblea General Ordinaria. México. 1978.
- **FUENTES NAVARRO, Raúl.** *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986.* Ediciones de Comunicación. México. 1988.
- **FUENTES NAVARRO, Raúl.** *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México.* ITESO/CONEICC. Guadalajara. 1991.
- **FUENTES NAVARRO, Raúl.** *La investigación de la comunicación en México. Sistematización do-*

documental 1986-1994. ITESO/Universidad de Guadalajara. Guadalajara. 1996.

- **FUENTES NAVARRO, Raúl.** *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México.* Universidad de Guadalajara/ITESO. Guadalajara. 1998.
- **FUENTES NAVARRO, Raúl.** *Comunicación, utopía y aprendizaje. Propuestas de interpretación y acción 1980-1996.* ITESO, Guadalajara, 2001.
- **GONZÁLEZ CASANOVA, Henrique.** "El futuro de los medios de información relacionado con la formación universitaria de los periodistas", en *Revista de Ciencias Políticas y Sociales.* Año XI N° 39. 1965. P. 41-50.
- **JARA E. José Rubén.** "Información básica sobre la investigación de la comunicación en México: documentos, instituciones, publicaciones, investigadores y un análisis del estado actual de la disciplina", en *Comunicación. Algunos Temas.* Año 1. N° 2-3-4. CENAPRO/Armo. México. 1981.

- **KRIPPENDORFF, Klaus.** "The past of Communication's hoped-for future", in *The Future of the field, Journal of Communication*. Vol 43. No 3. 1993.
- **KUHN, Thomas S.** *The structure of scientific revolutions* (1962). 2nd edition. The University of Chicago Press. Chicago. 1970.
- **LASSWELL, Harold D.** "Estructura y función de la comunicación en la sociedad" (1948). En MORAGAS (ed), *Sociología de la comunicación de masas. II: Estructura, funciones y efectos*. Gustavo Gili. Mass Media. Barcelona. 1985. P .50-68.
- **LUNA CORTÉS, Carlos E.** "La tensión teoría-práctica en la enseñanza de la comunicación", en *Diálogos de la Comunicación*. N° 35. FELAFACS. Lima. 1993. P .90-96.
- **MATTELART, Armand.** *La comunicación masiva en el proceso de liberación*. Siglo XXI. México. 1973.
- **McHALE, John.** *The future of the future*. Basic Books. New York. 1969.
- **MUNGUÍA RODRÍGUEZ, Fernando.** *Análisis de la investigación y la enseñanza de la comunicación (el Centro de Estudios de la Comunicación de la FCPyS)*. Tesis de licenciatura en ciencias de la comunicación. FCPyS.UNAM. México. 1988.
- **NAIME PADUA, Alfredo.** "De la carta Villaseñor a JESCOM-UCAL: 30 años de comunicación y compromiso". *Documentos de Trabajo N° 3*. Universidad Iberoamericana Plantel Golfo Centro, Puebla, 1990.
- **NIXON, Raymond B.** "La enseñanza del periodismo en América Latina". En *Comunicación y Cultura N° 2*. Galerna. Buenos Aires. 1974. P.197-212.
- **PRIETO CASTILLO, Daniel.** "Sobre la teoría y el teoricismo en comunicación". En FERNÁNDEZ CH. y YÉPEZ H. (coords.). *Comunicación y Teoría Social*. FCPyS UNAM. México. 1984.
- **PRIETO ECHASO, Francisco.** "El humanismo en las escuelas de comunicación y el saber filosófico", en GALINDO y LUNA (coords.), *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. ITESO/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Pensar la Cultura, México, 1995, p.157-176.
- **ROTA, Josep.** "Remarks on journalism education and research in the Americas" in: *Mass Communication in Mexico, Proceedings of the March 11-15 Seminar in Mexico City*. Universidad Iberoamericana/Association for Education in Journalism. México. 1974. P. 56-57.
- **SCHMUCLER, Héctor.** "La investigación sobre comunicación masiva", en *Comunicación y Cultura No 4*. Galerna. Buenos Aires. 1975. P. 3-14.
- **SEWELL, Jr. William H.** "A theory of structure. Duality, agency and transformation", in *American Journal of Sociology*, 1992, Vol. 98 N° 1, p.1-29.
- **UNIVERSIDAD ANÁHUAC.** *Acta de la V Reunión de Instituciones Universitarias de la Comunicación*. Llevada a cabo los días 28, 29 y 30 de abril de 1976. México. 1976.
- **VERÓN, Eliseo.** *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa. Buenos Aires. 1987.